

EL OTRO LADO

JUAN SERRANO RODRÍGUEZ



MURCIA
2018

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“El otro lado”

© Juan Serrano Rodríguez, 2018

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2018

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

Fotografía portada: Barca del Tío Leandro. Molina de Segura

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: febrero de 2018

IBIC: FA

ISBN: 978-84-946655-9-2

Depósito legal: MU 151-2018

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Prólogo	7
1 Otoko Kana	13
2 Mis vacaciones	20
3 Al alba	26
4 Peces como ratas	29
5 Caronte al acecho	36
6 Escribir absurdo	43
7 Que me devuelvan el verbo... ..	48
8 La flor del hibisco	52
9 La partícula de Dios	56
10 Ver llover	60
11 Pan y bonito	64
12 Hematología	68
13 El tigre	71
14 Eros y Morfeo	75
15 Los plomos de la luz	79
16 La casa de Valdeseda	83
17 Teniente del ejército republicano	88
18 Anemia	93
19 Barre, mujer, barre	98
20 El tío Ginés	105
21 Su hermano Alfonso	110
22 Las puertas de Plutón	115

23	Las manos de la nieta	119
24	Muerto de risa	122
25	Arroz con leche	127
26	La Carmen	133
27	Página en blanco	139
28	Genomas espirituales	143
29	Ósmosis	149
30	Pregunta incómoda	154
31	Aquí o allá	161
32	¿Es que me he muerto ya?	170
33	Silencio a gritos	184
34	La rosa y sus espinas	188
35	Disparatada teoría	195
36	Crema de propóleo	200
37	Osiris florecido	205
38	La distancia más corta	209
39	La hermana de Marina	215
40	Ni santo ni bufón	223
41	El otro lado	228
42	Los audífonos	236
43	La muerte del tío Ginés	239
44	Azulada	245
45	La última transfusión	250
46	Necrosis	257
47	Miedo	261
48	Por si un caso	264
49	Sin tinta	268
50	Bonito día para morir	272
51	Un día después	281

PRÓLOGO

Finalmente, mi amigo Juan Serrano, se ha decidido a publicar una obra de singular transcendencia literaria que va a constituir un revulsivo a sus incondicionales lectores, que los tiene y en cantidad. Un libro con ribetes de signo biográfico, a mi entender, con la impronta característica de un místico agnóstico en busca de la verdad.

Juan es el corifeo del fecundo pensador ansioso por descubrir los secretos del alma humana, de la naturaleza y, especialmente, de los entresijos que encierra la insondable realidad de la muerte como hecho fehaciente e inapelable. Estamos ante un humanista de signo existencialista, buscador incansable del sentido de la vida.

A cuestras con su Soplillo (el bloc de notas donde va escribiendo los aconteceres de su suegra Carmen, enferma letal), Eusebio, el yerno, protagonista narrador de esta historia novelada, pretende insuflar vida a su suegra mediante las letras que imprime en su bloc, tal como le aventurase Josema, el singular librero sobrino de la enferma.

El relato es un totum revolutum, una abundante lluvia de sucesos, la mayoría de ellos inconsistentes, pasajes reales y cotidianos sin aparente relevancia, pero muy bien adobados con incesantes disquisiciones filosóficas, teológicas y

sociales del cronista, contable de una empresa de frutales.

Juan Serrano, insaciable escudriñador, acompaña muy a menudo el relato asentándolo y fijándolo con reflexiones ciertamente conexas, concordantes, entresacadas de sus profusos conocimientos filosóficos, porque Juan es, ante todo, un pensador que vive por y para la filosofía, que enuncia continuos teoremas a los que se aferra por considerarlos antídoto contra la duda, de la que, muy a su pesar, no logra zafarse por muchas intentonas que realice. Parece ser que la duda será nuestra fiel dama de compañía hasta el último aliento en este valle de lágrimas.

Para mí se queda la opinión que tengo sobre el paralelismo del personaje Eusebio, que aparece como un conspicuo observador del mundo y de los acontecimientos que lo inundan, y su creador literario, Juan. Se percibe en ambos una evidente inclinación y preferencia por los temas incandescentes de la vida y la muerte, sabiendo de antemano que nunca descubrirán la incógnita del irremediable misterioso devenir.

El otro lado, amigo lector, es una obra literaria que no sólo refleja el sentir de su autor, sino que absorbe el seso de todo el que se acerca a beber el agua limpia y generosa de la palabra bien hilada, del silogismo más certero.

Enfrascado en la lectura de los numerosos capítulos del libro, el lector queda fascinado por esa atractiva forma, por ese singular estilo de narrar los más fútiles acontecimientos cotidianos generosamente adobados con añadidos comentarios, axiomas filosóficos y disquisiciones provenientes del magín del propio autor o dimanantes de su insaciable avidez por la lectura.

Me da en lo más profundo de mi ser que Juan Serrano, el pequeño gran hombre de cuya amistad me enorgullezco por ser rico galardón y aliento en las contiendas literarias, es digno merecedor de la insignia de la sabiduría, un vasto talento enciclopédico que cautiva a quien se acerca a husmear en la palabra inscrita en su Soplillo.

EL OTRO LADO es magistral libro de recuerdos, añoranzas y vivencias, narrados con el entusiasmo propio de un gran observador de la naturaleza transcriptor de efluvios que sólo un gran literato puede detectar.

Poco más, amigo lector. A la vista tienes una hermosa obra que bien pudiera ser considerada como el más sublime panegírico a la mujer, a la voluntariosa vida de Carmen, madre, hermana, suegra congruente, esforzada, humilde y dotada de una ciencia que solo la naturaleza de otros tiempos supo donar.

José María López Conesa

*There is a pleasure in the pathless woods,
there is a rapture on the lonely shore.*

*(Hay placer en los bosques sin senderos,
hay éxtasis en la orilla solitaria.)*

Lord Byron

OTOKO KANA

Me llamo Eusebio. A pesar de la etimología griega de mi nombre, no soy persona piadosa. Ante los amigos, me declaro agnóstico religioso. Hijo de una familia católica. Educado como todos los niños de mi época: misa todos los domingos, obediencia ciega a mis padres, respetuoso con los mayores, aplicado en mis deberes, fe carbonera en un Dios creador. Muy pronto me alejé de estas obligaciones y creencias. Estoy casado. Cuarenta y cinco años. Dos hijos. Trabajo como contable en una conservera de frutas en las afueras de Valdeseda, el pueblo donde nació Marina.

Tengo ahora en mis manos *Silencio y vacío*, un libro que Marina ha sacado de la biblioteca. Mi mujer, ahora, no está en casa, tiene turno de mañana. Es enfermera de la Virgen del Camino, el hospital de Tazoya, dos calles más arriba. Acabo de salir del trabajo. Caliento la comida en el microondas. No me gusta comer solo. Enciendo la tele. No funciona. Un fusible, el panel de circuitos, el cable de alimentación... ¡yo que sé! No entiendo de electrónica, se me resisten los misterios, la fe, todo aquello que no palpan mis ojos. Abro el libro y lo pongo, cual otro comensal, delante del plato de arroz. Ajeno a los ingredientes de guisantes, pedacitos de pimiento rojo y menudillo de gam-

bas, aderezados la noche antes por Marina. Me llevo la cuchara a la boca, atento a las palabras del autor del libro, un tal Otoko Kana, profesor de la Universidad de Nara (Japón). Este profesor, partiendo de una frase de Hans Küng —*Dios en la Biblia aparece no como predicado, sino como sujeto*—, desarrolla la idea de Dios, desde una perspectiva filosófica oriental en un párrafo que no entiendo. Termino de comer, me siento en el sofá, y vuelvo a leer con más atención, pero sin acabar de comprender lo que Otoko dice en su libro:

... Dios no es sujeto, sólo silencio, ni siquiera predicado, sino Dios como "Nichts" (Nada). Dios como Nichts, es la base sin base de la relación yo-TU entre uno mismo y el Dios personal...

Me pregunto por qué Dios siempre aparece escrito con mayúsculas. Más cerca de Dios yo estaría, si lo viera en minúsculas, un dios ordinario, el dios de las pequeñas cosas. ¿Sabe una flor cuando llega la tarde y el ocaso apaga su aroma y la noche destrona de su cabeza su coronada realeza de colores? Después de comer, a mi cabeza le cuesta pensar. Y lo poco que pienso, resulta descabellado. Me pasa lo que a la flor, ignoro muchas cosas, pero no por eso mi existencia es menos feliz. El hombre se corrompe con el uso exagerado de la razón y ventila su saber con la ignorancia. Se hace tarde. Debo volver al trabajo. Lasi se enreda en mis pies, levanta la trompa suplicándome que la acaricie, que pase mi mano melosa por su cabeza. ¿Sabrá esta perra que tiene que morir? Y recuerdo aquella Navidad que sorprendí a mis hijos con el regalo de Lasi. Los animales y las plantas están menos apegados a la vida, viven más libres, y puede que sean más felices, tal vez porque no presienten la muerte.

Por la tarde, Marina me dice que va casa de su madre:

Mira, Eu, mi madre lleva varias semanas haciendo lo que no puede. Está cansada. Como mañana es mi día libre, me quedaré allí a dormir.

Carmen vive a unos veinte kilómetros de nosotros, en Valdeseda.

De acuerdo, vamos los dos...

La noche dio más vuelta que un molino. Dos muñidas colchonetas extendidas en el suelo. La casa de mi suegra es pequeña. En la sala-comedor, junto a la habitación de la abuela, Marina y yo pasamos la noche. Años antes, un palmo escaso valía para compartir lecho. La luz de la farola de la calle, hasta las tantas, encendida delante de mis narices. Me despierto todo condolido. Me levanto. Procuro no despertar a Marina. El espejo del cuarto de baño me muestra un leve derrame en el ojo izquierdo. Cuando algo me sale mal, todo mi cuerpo, la vista. También mi carácter se resiente.

Hoy en la oficina me ha ido bien. El jefe me promete un aumento en la nómina. Por la tarde, nada más salir del trabajo, me paso por Centrocompra, una calle salón que se abre en un abanico de escaparates y que desemboca en una coqueta plaza. Pequeñas tiendas: joyería, perfumería, alimentos naturales, zapatería, electrodomésticos, todo un surtido de ofertas, donde se cuida más la presentación que la calidad. No tengo prisa. Con llegar a casa de la Carmen a la hora de cenar...

En el frente espacioso de esta iluminada plaza: la terraza de una cafetería. Sobre el abrigantado suelo, losetas bien alicatadas configuran una gran estrella en blanco y negro. Aquí encargo unos dulces para después de la cena. Mientras los preparan, me aco-

modo junto a una mesa. Pido un carajillo. La noche será larga, como la de ayer. No temo que el café me quite el sueño. Desde donde estoy, veo el rótulo de neón azul de la Librería Nobel, la que regenta Josema, un pariente de Marina. Termino el café, y me acerco a saludar al librero. Antes de entrar, leo en los estantes algunos de los títulos a través del gran ventanal acristalado: *Ironías y humor en tiempos de hambre* de un tal Emilio Serra, *La décima revelación* de Redfield, *Las elegías de Duino* de Rilke, *Las profecías de Nostradamus*, *El arte de guardar besos en una cajita...*

Josema, desde el interior se da cuenta. Y sale a estrecharme afectuosamente la mano:

Qué tal, primo, ¿tú por aquí?

Haciendo tiempo. Voy a Valdeseda a recoger a Marina.

Pasa, hombre. ¡Tan sólo nos vemos de uvas a peras!

Voy de culo. Y más ahora que la madre de tu prima está enferma. A propósito, Josema, ¿no tendrás algún libro de cocina?

No creo que Marina necesite lecciones de guisos. Tengo entendido que es buena cocinera.

Sí, pero ahora, con lo de su madre, pasa más tiempo con ella que conmigo. Las recetas son para mí.

Algo tendré, pasa.

La librería de Josema no es muy grande, pero, acogedora. Entro. Él se adelanta, me ofrece un taburete para que tome asiento.

Lo que yo no sabía era lo de tu suegra. Recuerdo que hace unos años estuvo muy mal, pero pensé que todo aquello había pasado.

Así es, pero volvemos a las andadas, un cáncer, no tiene cura.

Siempre tuve a Josema por un estrafalario, aficionado a cosas que ya a nadie interesan. La prueba está en los libros que vende. Pero, esta tarde, mi sensación es distinta. Tal vez Josema siempre fue abierto y afable, y no como yo creía: huraño y un poco oscurantista. Y es que pocas veces me paré a charlar con este librero de plateada cabellera que cuelga por sus hombros, disimulando sabiduría y comprensión.

Siento lo de tu suegra. En mi familia le tenemos mucho aprecio.

Gracias, Josema.

Mira, Eu, -al oír que me llama como Marina, mi indiferencia hacia este hombre ya no es tanta-, no sé el interés que sientes por la tía Carmen, pero si me lo permites, te sugiero un remedio.

Hombre, nadie desea la muerte de otro, y más si se trata como en este caso de la madre de mi mujer. ¡Cómo voy a querer yo que la abuela de mis hijos....!

Josema despliega una de sus manos huesudas por la frente, recoge con gesto habitual su melena con un elástico rojo sobre a la nuca. Cierra los ojos para concentrarse en lo que va a decir; pero en este momento la campanilla de la entrada tintinea. Un joven entra y pide *Noticias de un secuestro* de García Márquez. Espero que Josema termine de despachar al último cliente de la tarde. Luego, el librero, antes de volver junto a mí, echa el pasador de la puerta.

Así mejor. Nadie nos importunará. No vendo nada en todo el día, y cuando es la hora de cerrar, siempre viene alguien a comprar algo que no tengo. Mira, querido Eusebio, quizá suene a tontería lo que voy a decir. Puedes reírte si quieres. Tómatelo mejor en sentido figurado.

Josema se sienta, coge una cajita roja de la torre del ordenador. Abre la tapa. Dentro: bombones. No

dice nada. Se acomoda. Pone los brazos encima del calado de un velillo blanco que cae sobre las faldas azul cobalto de la mesa. Me mira atentamente a los ojos como si yo fuera un telescopio. Y tras una larga y profunda respiración empieza a hablar:

El agua de un estanque se torna del color del ambiente que lo circunda. Si violeta es el amanecer, amaratadas serán sus olas; si la tarde se pinta de verde, sus aguas reirán esperanzadas; si grana es el ocaso, rojo será el caldo de sus aguas. Con nuestra sangre pasa algo parecido. Todos decimos que es roja, pero rojo sólo es el pigmento que la colorea. Nuestra sangre se enciende o se apaga según sea el contenido de su transporte. Y así, si andamos encolezados, resentidos o envidiosos, amarillenta como la bilis será su tinta. Nuestro corazón, en cambio, salta de azul pletórico, si estamos contentos. Negra como el betún será la sangre, cuando pesimista decae el ánimo.

Hago un esfuerzo por entender la parábola de Josema. A un hombre como yo, acostumbrado al realismo contable de mi trabajo, en el que sólo importan los kilos de melocotones que exportamos cada temporada a Europa, me cuesta captar el sentido poético de las palabras de este librero. Pestañeo un par de veces como señal de incredulidad. Josema mientras tanto carraspea esforzándose para que sus palabras sean más claras e inteligibles. Y continúa:

En un cuento anónimo y lejano se describe la historia de dos enamorados. Uno de ellos está tocado de muerte. Una plaga mortal ha puesto en peligro su vida. Su amante acude a magos, adivinos, curanderos. Nadie remedia la enfermedad. El enamorado, sentado junto al enfermo, se pone al azar a escribir en una libreta, como quien hace un crucigrama para

calmar la ansiedad o matar así el tiempo. Y conforme la tinta azul de su pluma traza regueros de letras sobre el blanco papel, el amante comprueba que su amigo abre los ojos, se siente mejor. Por el contrario, cada vez que el amigo escritor se desentiende de la escritura, la cabeza del enfermo se inclina triste como una margarita deshojada. La tinta regeneradora de su cálamo, trascendiendo la palabra escrita, se introduce por las venas del agonizante con la misma fuerza que un motor bombea los artilugios de una máquina, con la soltura de un fuelle sobre el rescoldo de un fuego apagado.

Una vez que Josema termina de hablar, con su mano da dos golpes suaves sobre mi rodilla como esperando mi impresión a su relato. Y entre cortés y escéptico, le contesto:

Muy bonita, Josema, esta historia. ¡Cómo para ser creída!

Antes de irme, le recuerdo a Josema lo del libro de cocina. Ya lo tiene preparado: *Secretos culinarios* de un tal Arzak. Además, me entrega un cuaderno de Actas en blanco, con tapas azules de cartón duro y con el lomo forrado con una tira de piel sepia.

Ahí tienes, Eusebio, por si te vale. Te lo regalo. Y recuerda, primo, —me dice con dulce retranca—, Dios puede que sea el silencio, pero lo que escribas en esta libreta puede ser sangre de vida para tu suegra.